

Cultura y filosofía¹

Culture and philosophy

María Eugenia Valentí*

1

El temario de estas reuniones propone la correlación de tres términos: cultura, filosofía y región. Tal propuesta abre un campo temático de posibilidades casi infinitas. De entre ellas elegiremos unas cuantas líneas de análisis con el objeto de “dar que pensar”, como quieren los filósofos.

Es decir que, de la multiplicidad de problemas que convoca la sola enunciación del tema, nos limitaremos a algunos de ellos, tomándolos como tales, es decir en su condición de problemas para ahondar, pensar y dialogar, sin pretender transmitir un catálogo de soluciones.

2

La definición más general y abarcadora de cultura dice que ésta es “todo lo que el hombre hace”. Así, se contraponen “naturaleza” como lo dado y “cultura” que es lo que el hombre da, lo que insta en la múltiple variedad del ser.

A partir de allí aparecen las variantes y las especificaciones. La cultura puede entenderse especialmente como formación humana personal o como formas de organización colectivas, como aspiración a la plenitud, como respuesta a los desafíos del medio, como asunción de

¹ María Eugenia Valentí (1920-2009) docente de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. Fue asesora del Centro Cultural Alberto Rougés y curadora de las obras completas del filósofo Alberto Rougés. A su muerte, se concretó su intención de donar toda su biblioteca al centro cultural, la que se encuentra disponible para su consulta. Durante su vida intelectual desplegó una intensa e incansable actividad en pro de la cultura y el pensamiento filosófico del noroeste argentino; no obstante, no tiene en su haber muchas publicaciones de su autoría. El texto que reproducimos en esta oportunidad fue presentado en las “Jornadas sobre cultura y región” realizadas en Salta en abril de 1980, organizadas por el Museo Arqueológico “Juan M. Leguizamón” y Pro-Cultura Salta y, aunque se publicó como separata, tuvo una circulación muy limitada.

valores, como concreciones espacio-temporales del hacer humano, etc. Por supuesto, la lista podría continuar sin pretender agotar las distintas acepciones del término.

3

Pero, tomemos uno de los aspectos mencionados, la cultura como una respuesta a las incitaciones del medio, lo que nos lleva inmediatamente al tema de cultura y región. Los productos culturales, así como las decisiones humanas, son hechos, se inscriben en el ámbito de lo fáctico, con todos los condicionamientos que esto implica. Notemos, de paso, que se habla de condicionamientos y no de determinismos. La región supone un ámbito físico determinado donde ocurrió y sigue ocurriendo una historia concreta. Es un lugar único donde pasan hechos irrepetibles. Y, si esta región adquiere unidad y autonomía, origina un estilo cultural que se convierte en una perspectiva del universo única e irremplazable.

4

Y, mientras tanto, ¿qué pasa con la filosofía? ¿Cuál es su relación con la cultura y la región? La filosofía es una reflexión sobre la realidad que, como toda actividad de orden intelectual, se encamina en una búsqueda de la verdad.

Se han dado muchas definiciones, desde la etimológica de “amor a la sabiduría”, a la clásica de “ciencia de los primeros principios y las causas últimas” y a la actual de “preguntar extraordinario sobre lo extraordinario”. De estas enunciaciones podemos extraer algunas consecuencias: la noción de sabiduría nos lleva a concebir un saber teórico que se revierte sobre la vida práctica; la búsqueda de primeros principios nos indica que se trata de un conocimiento totalizador y fundante; y, por último, es un preguntar que irrumpe e interrumpe la cotidianidad para ponernos frente a las cuestiones fundamentales de la existencia.

Por lo tanto, se trata de una actividad específica que se engarza de una manera también específica con el resto de la cultura. En los momentos aurorales es el germen de las grandes decisiones históricas, al atardecer es el espejo de la autoconciencia colectiva, en los períodos de crisis se la busca afanosamente.

5

La filosofía busca la verdad. Pero, ¿qué es la verdad? Tradicionalmente se la ha entendido como la conformidad del juicio con el objeto al que éste se refiere. Y estos juicios verdaderos tienen además la pretensión de ser universales, es decir que la filosofía, al igual que las demás disci-

plinas intelectuales, aspira a una validez que trascienda los límites del aquí y del ahora. Pero el juicio universal es un producto derivado que se origina en una situación concreta.

Una proposición que describe una situación objetiva supone un contacto previo con dicha situación. Lo cual implica que algo que se muestre, aparezca, se revele y, se descubra y que alguien acoja esta revelación, la comprenda, la interprete y la formule. Este comportamiento desencubridor, que supone un ascetismo intelectual para abandonar todo esquematismo previo y mirar con ojos limpios la realidad, se da en un sitio determinado, en el contexto de una región. Es decir que la relación entre lo particular y lo universal, entre la región y el mundo, se presenta en la filosofía como en los demás campos de la cultura.

6

Un ejemplo de cómo esta temática se inserta en nuestro mundo cultural, es la discusión si debe hablarse de “filosofía argentina” o de “filosofía en la Argentina”, con el agregado de la cuestión de que si los que nos dedicamos a estas cosas debemos tratar de constituir una filosofía argentina o simplemente de hacer filosofía con todo el rigor y el nivel que seamos capaces de alcanzar. Creo que en esta última alternativa debemos decidimos por la segunda posición que hará que lo demás se nos dé por añadidura. Es decir que, si bien la filosofía se ocupa de cuestiones últimas que atañen a la condición humana con independencia de las fronteras, también es cierto que quienes la cultivan pertenecen a una comunidad determinada, con una lengua, una religión y un sistema de valores vigentes dentro de ella, que es a su vez el resultado de una tradición y una historia. Por eso, si bien es perfectamente lícito y deseable que el pensador, el profesor o el licenciado en filosofía trate de ser un filósofo, es decir alguien que se plantee la conquista de un pensamiento propio con toda la audacia y la humildad que la tarea requiere, es una empresa absurda y condenada al fracaso proponerse ser un filósofo alemán. Afirmar que sólo se puede pensar en griego o en alemán es algo que puede decir Heidegger, pero no ninguno de nosotros.

Por grande que sea el conocimiento o la influencia de la cultura europea en su obra, hombres como Alejandro Korn, Francisco Romero o Alberto Rougés, son esencialmente filósofos argentinos. La presencia de estas u otras figuras podrían hacernos concluir que existe una “filosofía argentina”.

La conclusión no es tan evidente ni las cosas son tan simples. En primer lugar, porque la filosofía, como un problematismo radical, es esquiva con respecto a los adjetivos. Y si bien el lenguaje corriente acepta comúnmente expresiones tales como “filosofía griega”, “filosofía medieval”, “filosofía cristiana”, etc., no podemos extender este uso

indefinidamente. Para que se justifique, necesitamos una producción cuantitativa o cualitativamente de una determinada envergadura y, además, caracteres propios que sean distintivos. No creo que los hayamos alcanzado. No es fácil afirmar, al menos por ahora, la existencia de una filosofía nacional, mucho menos de una regional. En cambio muchos teóricos vienen planteando, desde ya hace algunos años, el problema de una filosofía latinoamericana.

7

En este punto convendría volver sobre el concepto de filosofía. Sin duda hay en estos últimos tiempos un empleo abusivo del término en los órganos de comunicación masiva: se habla de la “filosofía” de un grupo de conducción política, de un equipo económico y hasta de un club de fútbol. Suponemos que en estos casos no se alude a una reflexión rigurosa y sistemática sobre los sentidos últimos de la realidad.

Cuando se la toma en su significado propio específico, y no sólo como un conjunto de ideas generales a las que se presta asentimiento, aparece el paradigma de la filosofía europea. Esta gran empresa de la razón que originada en Grecia acompaña —o determina— todo el desarrollo de la historia occidental, esa “vasta glosa de Platón”, como diría Whitehead, pareciera ser la única posible.

Pero hay quizá otras maneras de hacer filosofía. Conrado Eggers Lan, por ejemplo, señala tres: la clásica europea, la oriental y la latinoamericana. En oriente nos encontramos a menudo con límites imprecisos y fluidos entre religión y filosofía, con un pensamiento metafísico transido de sacralidad, en el que sería imposible, por ejemplo, plantear problemas tales como las relaciones entre la razón y la fe al modo occidental. Pensemos en el hinduismo y en ciertas formas del budismo. En cuanto al filosofar latinoamericano, Eggers Lan lo ve como arraigado en la acción, suscitado por situaciones políticas e históricas muy concretas y dirigido a la solución de problemas de significado comunitario. Ejemplos de este tipo de pensamiento pueden encontrarse en la obra de Alberdi o de Sarmiento, entre nosotros.

8

Estos modos de pensar o de filosofar no europeos donde el sentimiento de lo sagrado o la voluntad dirigida a la acción tienen tanta importancia como el estricto uso de la razón, puede llevarnos a una nueva concepción de la filosofía de límites más amplios. Dejemos planteado el problema y veamos qué pasa en nuestra región. Hasta ahora aludimos a la posibilidad de una filosofía latinoamericana y de una filosofía argentina, tratemos de reducir el espectro e indagar las condiciones concretas y específicas de estos lugares.

9

Como habitantes de la región del NOA somos herederos de una tradición histórica que no coincide exactamente con la de los porteños o los patagónicos. Comenzando por el período prehispánico descubrimos que hemos participado, aunque sea marginalmente, de una gran cultura imperial: la incaica.

Pero los incas fueron también invasores y todavía hoy pueden rescatarse las huellas de culturas autóctonas, algunas de las cuales perviven actualmente.

A través de los mitos en los que el hombre arcaico expresa sus inquietudes metafísicas podemos llegar a vislumbrar su universo espiritual. A este tipo de pensamiento se acostumbra llamar prefilosófico, sus temas son, a menudo, los mismos que los de la filosofía: problemas de origen y sentido, su intención es la misma: lograr una visión totalizadora y fundante del hombre y del cosmos, pero su lenguaje difiere completamente: el símbolo en lugar del concepto, la narración y el drama en lugar del razonamiento. Por lo tanto requieren siempre un desciframiento, una interpretación que a veces no es muy fácil cuando se nos aparecen como girones de una cosmovisión perdida. “Historia sagrada”, “historia tradicional”, “palabra existencial”, “síntesis de un drama humano”, son algunas de las paráfrasis de este producto cultural que el noroeste argentino nos ofrece.

10

Un segundo momento es el de la conquista y la colonización española mediante la cual se produce la cristianización de estas tierras. Del choque de las culturas surgen algunos productos sintéticos o sincréticos en el arte y en el ritual. En el plano de la filosofía estricta tenemos como resultado la escolástica. Las distintas órdenes religiosas que llegan a la América hispánica: dominicos, franciscanos, mercedarios, jesuitas, fundan las primeras cátedras de filosofía y el tomismo se convierte en la corriente dominante y casi única. Pero el cultivo de la doctrina tomista no corresponde solo a un período determinado sino que continúa hasta nuestros días y su influencia se hace sentir en diversos ámbitos.

Dos modos posibles de hacer filosofía en el NOA se muestran en la actitud de Rodolfo Kusch en Salta analizando el discurso popular para descubrir un pensamiento raigal americano y en la de Sisto Terán en Tucumán trabajando en la doctrina tomista con todo el arsenal crítico y bibliográfico de la mejor tradición europea.

11

A partir del siglo XVIII y sobre todo desde el momento de la emancipación nacional, la corriente de ideas se hace más fluida y variada. Las diversas ideas europeas se conocen y a veces se asumen adaptándolas a nuestra realidad.

Y si la cultura europea se refleja sobre todo en Buenos Aires, a menudo estas tierras mediterráneas empiezan a sentir su dependencia con respecto al puerto.

El cultivo de la filosofía, en forma sistemática, académica y hasta profesional, está ligado con la fundación de las Facultades de Filosofía y Letras y de Humanidades. Este movimiento comienza en las universidades estatales, no confesionales, de modo que el espectro de teorías a las que tenemos acceso es muy amplio y variado. Esto nos lleva a lo que alguien ha llamado “normalidad filosófica”, es decir a un estadio en el que se supone podemos tener el mismo tipo de información y de refinamiento metodológico que cualquier lugar del mundo civilizado. Esto es cierto, al menos teóricamente. Tal situación ha dado lugar a la aparición de figuras relevantes como la del tucumano Alberto Rougés, el que partiendo de la epistemología llega a la metafísica, en una obra profunda y original donde se conjugan teorías científicas del siglo XX con el pensamiento de Bergson y la gran corriente neoplatónica especialmente en Plotino y San Agustín. Si la obra de Rougés es ejemplo de “normalidad filosófica”, según las exigencias de la cultura mundial, también es cierto que pueden descubrirse en él rasgos del destino latinoamericano, puesto que en su bibliografía al lado de *Las jerarquías del ser y la eternidad* se encuentran estudios sobre la caña de azúcar o sobre el estado físico de los escolares de Tucumán, porque además de filósofo era industrial y hombre público.

12

Esta breve recorrida que nos ha llevado hasta el presente, nos conduce a preguntarnos por el futuro. ¿Qué debemos hacer y qué nos está permitido esperar en cuanto a la filosofía en el Norte? Quizá haya que volver a recordar los viejos símbolos del árbol, de la montaña y el templo. Cuando más profundas sean las raíces, cuando más hondo penetren en el suelo, más alto llegará el árbol y su copa podrá recibir la visita de todos los vientos. Libertad y rigor, recogimiento silencioso y apertura al diálogo, arraigo y trascendencia, audacia y humildad, son algunos de los paradójicos rasgos de esta tarea.